

Entrevista con Lawrence Grossberg. Reflexiones personales sobre la política y la práctica de los Estudios Culturales

Lawrence Grossberg, uno de los mayores exponentes del proyecto de los Estudios Culturales en la actualidad, es catedrático de estudios de la comunicación y catedrático adjunto distinguido con la mención Morris Davis de estudios norteamericanos, antropología y geografía de la Universidad de Carolina del Norte, en Chapel Hill.

Además de contar con más de cien artículos y ensayos publicados, es también autor y editor de numerosos libros, entre los que destacan *It's a Sin: Essays on Postmodernism, Politics and Culture* (1988), *We Gotta Get Out Of This Place: Popular Conservatism and Postmodern Culture* (1992), *Dancing in Spite of Myself: Essays in Popular Culture* (1997); *Caught in the Crossfire: Kids, Politics and America's Future* (2005), así como, *We all want to change the world: The intellectual labor of cultural studies*, de próxima publicación (2010).

El Dr. Grossberg también es co-editor (junto con Della Pollock) de la revista *Cultural Studies*, una de las publicaciones académicas más antiguas y respetadas de su campo, así como uno de los fundadores de la próspera e influyente Asociación de Estudios Culturales (AES), de alcance internacional.

Profesor, como ya sabrá, esta entrevista se va a publicar en un libro que compendia algunos de sus artículos más significativos traducidos al español. Dado que se tratará del primer libro publicado en España sobre usted, sobre su trabajo como académico e investigador, y sobre el papel que ha tenido en promover y fomentar los Estudios Culturales como un tipo de análisis característico y distinto por todo el mundo, me preguntaba si le importaría empezar nuestro "diálogo" con unas cuantas cuestiones un tanto "mundanas" y, a partir de ahí, continuar con temas y aspectos más complejos de su trabajo.

LG: Por supuesto...

1) A modo de introducción y de presentación, me he permitido escoger un aspecto de su vida que pienso puede resultar un tanto incomprensible para aquellos que se acercan por primera vez a usted y a su trabajo y tratan de situarlo dentro del campo de los Estudios Culturales. ¿Cómo es que un universitario norteamericano de Historia y Filosofía acaba eligiendo, de entre todas, la universidad de Birmingham para seguir con sus estudios a finales de los sesenta?

LG: Una pregunta muy interesante. Quizás no resulte tan extraño como parece a primera vista. Después de todo, mi trabajo sobre la historia se centraba principalmente en la historia intelectual y cultural. Tuve la oportunidad de trabajar con personalidades como Hayden White, Norman O. Brown y Loren Baritz. Recuerdo una clase (con Baritz) sobre Marilyn Monroe ¡como icono cultural! Aunque entonces yo no era consciente de ello, había asistido a mi primera clase de Estudios Culturales antes de que nadie en Estados Unidos hubiera oído hablar de ello. Todas estas personas (y algunas otras) me animaron a seguir esforzándome en compendiar lo que hoy denominaríamos teoría (aunque yo entonces lo consi-

deraba simplemente como filosofía junto con teoría social) con mis propios intereses sobre lo que entonces estaba ocurriendo en Estados Unidos, y con mi propia participación en la contracultura. Gracias a ello pude escribir una tesis cum laude ¡sobre música, política y cultura juvenil!

Pero lo que realmente respondería a su pregunta tiene que ver con la manera con que nuestras vidas a menudo están determinadas por la contingencia: Resulta que Richard Hoggart, el fundador del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos (*Centre for Contemporary Cultural Studies*, CCCS) en Birmingham, había pasado un año en calidad de profesor visitante en mi universidad, antes de que yo estuviese allí, y en ese tiempo entabló amistad con algunos de mis profesores, por eso ellos estaban entre los pocos académicos que conocían el CCCS. Ahora acuérdesese del año de mi graduación: 1968. Eran tiempos revueltos y, dadas mis actividades políticas y la realidad de la llamada a alistamiento militar, parecía razonable que abandonara el país durante una temporada. Afortunadamente, había conseguido una beca Wilson para pagar la carrera. Mis profesores me invitaron a utilizar la beca para ir al Centro, donde me aseguraron que podría profundizar sobre mis intereses académicos y encontraría apoyo en cuestiones políticas y, mientras tanto, conseguiría pasar desapercibido.

2) En las antologías intelectuales y culturales de este campo de estudio, los orígenes de su considerable contribución al proyecto de los Estudios Culturales se suele remontar a la educación política, metodológica y teórica que recibió en la facultad de Birmingham, sin embargo, sus días como estudiante universitario en el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos fueron bastante cortos, ¿no es así? ¿Qué es lo que pasó?

LG: No logré pasar desapercibido. Me impliqué en una huelga estudiantil en Birmingham, lo que llamó la atención de las autoridades —se me describió como un agitador extranjero. Además, en esa época entré en contacto con un grupo de teatro politizado y contracultural que me invitó a ir con ellos al continente. Recuerdo pasar una tarde estupenda bebiendo whiskey con Richard Hoggart, quien me ayudó a enfrentarme a mis miedos y decidirme a acompañar al grupo. Así que, en ese momento me pareció que lo más sensato sería dejar el país cuanto antes.

Dicho esto, permítame aclarar algo sobre mi carrera profesional, que he llegado a comprender no hace mucho. No creo que sea justo (para Richard Hoggart, Stuart Hall y otros profesores que contribuyeron a mi educación en el Centro) decir que mis posiciones “políticas, metodológicas y teóricas” se formaron fundamentalmente allí. Mis ideas políticas, bueno, ya me venían de familia y de mi participación en la nueva izquierda y en la contracultura de Estados Unidos. No creo que nunca llegásemos a un consenso sobre las prácticas metodológicas mientras estuve allí, con excepción de la importancia y aparente imposibilidad de un trabajo radicalmente intertextual. Y, respecto a la teoría, bien, fue como mínimo ecléctica, e incluso caótica, durante mi breve estancia allí, aunque sí que me abrió los ojos a conjuntos enteros de obras (la fenomenología, el marxismo continental, etc.), con las que entonces sólo estaba ligeramente familiarizado. Sin embargo, mi propia trayectoria teórica difirió bastante de la que imperaba en el Centro, en parte, precisamente, porque me marché; por ejemplo, Althusser no me llegó a influir tanto, y prácticamente dejé de lado el movimiento post-estructuralista (de Derrida, etc.) para acercarme en su lugar a Heidegger y, más adelante, pasar directamente a Foucault y a Deleuze.

Lo que sí que saqué de mi época en el Centro, y por lo que le estoy enteramente agradecido, es ese sentido de

proyecto de los Estudios Culturales; como otra manera de dedicarse al trabajo intelectual, como otro modo de ser un intelectual político. Quizás sea por eso por lo que escribo tanto sobre la especificidad del proyecto de los Estudios Culturales y estoy tan extremadamente comprometido con ello.

3) *Aun así, me parece que sí que se quedó en Europa, como miembro de una compañía teatral francesa (¿de habla francesa también?) que obtuvo bastante fama en varios países. Cuando estuvieron de gira, ¿vinieron alguna vez a España para actuar? De ser así, ¿cuáles fueron sus impresiones y experiencias de la España franquista?*

LG: En realidad era un grupo de teatro suizo de habla francesa, *Les Trêteaux Libres*, pero llegó a incluir con los años a gente de distintos países y lenguas. Era una “comuna teatral anarquista itinerante”. Como compañía, actuábamos siguiendo el modelo del grupo Americano-en-el-exilio, el *Living Theatre*, y algunos de los miembros de *Trêteaux* trabajaron con Julian Beck y Judith Molina, y mantuvieron su amistad. Las actuaciones se basaban esencialmente en la improvisación (alrededor de un esqueleto estructural) y eran muy corpóreas (con escasez de palabras); intentábamos que la gente tomase conciencia política, no sólo socialmente sino también en sentido cotidiano, referente a sus hábitos y relaciones del cada día, y esto —como si de una revolución se tratase— se suponía que debía comenzar de manera sencilla, en el teatro, ya que animábamos a la gente a que participase también en el escenario.

Aunque había dos “líderes”, casi todo lo llevábamos a cabo de manera colaborativa y democrática, incluyendo las decisiones sobre aquello contra lo que íbamos a hacer campaña, el trabajo de investigación y de escritura de las obras, la puesta en escena y los asuntos concernientes

a nuestras necesidades cotidianas. Juntos viajamos por toda Europa, actuando en lugares muy baratos (centros juveniles, hoteles, iglesias, etc.) para distintos tipos de público y con éxito variable. Aprendí a hablar francés, aunque una versión muy "callejera" del idioma (nunca fui consciente que había una gran diferencia entre el francés formal y el informal, lo cual me resultó bastante embarazoso cuando trabajé con Paul Ricoeur). Conseguí chapurrear unas cuantas frases en muchos idiomas mientras actuábamos y viajábamos. Aprendí a vivir al margen de las normas de consumo y confort de la clase media, aunque en muy contadas ocasiones vivimos en la pobreza y, por supuesto, siempre supe que aquello iba a ser temporal (quizás eso fuera uno de los límites de mi experiencia). Como ya he dicho, se trataba de una comunidad, una comuna, al menos en principio, así que compartíamos el trabajo y las responsabilidades. Todo el tiempo que permanecí en el grupo, hice todo cuanto estubo en mi mano por ayudar con la investigación de una de las obras, *Romeo y Julieta*, leyendo textos de Wilhem Reich, el Yoga tántrico, y quizás también contribuí un poco a la redacción, puesta en escena y representación de varias de nuestras producciones, así como a transportar y montar el equipo, como conductor, cocinero, etc. Todos hacíamos ese tipo de tareas todo el tiempo. El grupo finalmente se separó, al menos por una temporada, después de que ganásemos el festival de teatro de Avignon un año, y nos tuvimos que enfrentar a ese tipo de toma de decisiones que a menudo dividen los proyectos motivados políticamente (el éxito económico versus la pureza política). Creo que el grupo se rehizo más tarde y, de vez en cuando, oigo hablar de alguno de sus miembros, incluso de aquellos que se unieron a la compañía después de que yo la abandonara.

Como he dicho, viajé por toda Europa con *Trêteaux* en 1969 y 1970, y sí que intentamos ir a España. Incluso

creo recordar que teníamos apalabradas algunas representaciones, pero cuando llegamos a la frontera no hubo manera de que la policía de la frontera dejase entrar dos furgonetas cargadas de hippies comunistas anarquistas... así que no, nunca llegué a estar en España.

4) *Después de dos años, volvió a Estados Unidos y decidió escribir una tesis doctoral sobre la comunicación del discurso en la Universidad de Illinois –un tremendo salto intelectual, ¿no? Echando la vista atrás, ¿cuál diría que fue la experiencia más importante como universitario que le ayudó a tomar esta decisión y, por tanto, su trayectoria intelectual y profesional: sus estudios en la Facultad de Historia y Filosofía, sus estudios en el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham, o su aventura teatral?*

LG: Mi tesis no se sitúa exactamente en el campo de la Comunicación del Discurso, sino en lo que en la Universidad de Illinois se denominaba "Investigación sobre las Comunicaciones". Esta línea de investigación no pertenecía al departamento de la Comunicación del Discurso (que más adelante me contrató) sino al Instituto de Investigación sobre las Comunicaciones, que fue pionero en institucionalizar de manera interdisciplinar el concepto de comunicación en Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial. Esto puede seguir pareciendo un gran salto en mi carrera, como usted ha dicho, pero en realidad no fui a Illinois con la intención de escribir una tesis doctoral sobre comunicación, sino para trabajar con James Carey, quien resultó ser el director del Instituto en aquella época (algo de lo que me enteré después de llegar a esta universidad). Fui a trabajar con él porque así me lo recomendó Stuart Hall. Recuerdo que cuando decidí retomar mis estudios universitarios, llamé a Stuart para preguntarle quién estaba relacionado con los Estudios Culturales en Estados Unidos, y me contestó que la

única persona cuyo trabajo parecía ir en esa dirección era Jim. Así que allí me presenté. Realicé la solicitud un poco tarde, pero Jim era una persona estupenda y amabilísima, además de estar entusiasmado con la idea de que yo hubiese estado un tiempo en Birmingham y hubiera tenido acceso a todo tipo de publicaciones de las que allí se estaban escribiendo.

Me pregunta cuáles fueron los factores determinantes que dieron forma a mi trayectoria intelectual y carrera profesional. La respuesta adecuada sería que todos. Creo fervientemente en la complejidad y en la determinación por varias causas. En la carrera desarrollé mi amor por la filosofía y mi interés por la relación de ésta con la cultura y la política fue tomando forma —en parte también por mi participación en la contracultura. La época que pasé en Birmingham definió, como ya he comentado antes, el proyecto que ha motivado enteramente mi vida profesional —es decir, un modo especial de ser un intelectual que se dedica al trabajo político intelectual. Finalmente, mi experiencia en la compañía teatral me enseñó cómo actuar. He tenido mucha suerte en poder contar con modelos de persona extraordinarias, no sólo intelectuales, sino también profesores y comunicadores públicos —aquí mencionaría especialmente a Stuart y a Jim. Ambos son (Jim falleció hace unos años) oradores natos, capaces de articular sus ideas y argumentos con pasión, incluso en aquellas ocasiones en las que el público puede ser reacio a escuchar lo que están diciendo. El *Tréteaux Libres* me ayudó a desarrollar mi propio estilo, así como mi primera exposición real ante el mundo —ante una multiplicidad de gentes y de culturas que nunca habría conocido en Estados Unidos.

Así pues, todas estas experiencias fueron importantes en mi vida, y cada una sin excepción me ayudó a ser quien soy ahora. En cierto sentido, fueron el resultado de la serendipia. Hasta mi decisión de ir a Rochester se basaba

en el supuesto de que iba a especializarme en genética bioquímica, lo cual hice por un tiempo —hasta que me di cuenta de que no me gustaban los profesores, y que los que realmente me apasionaban eran los de historia y filosofía. El azar y su profundo impacto. (Ésta es, por cierto, una de las lecciones que creo que Foucault nos intenta enseñar, volviendo a mi amor por la teoría).

5) *Una vez “establecido” como Catedrático de Estudios de Comunicación en Chapel Hill, Carolina del Norte, ¿fue o ha sido alguna vez su “vena” de Estudios Culturales un problema controvertido o ha supuesto un desafío para su vida profesional?*

LG: Mi primer trabajo como docente, que sólo duró un año, fue en la Universidad de Purdue, en Indiana. La experiencia no me resultó para nada gratificante, y allí a nadie le interesaba mi trabajo. Así que volví a Illinois donde me contrataron en el departamento de Comunicación del Discurso. Quizás, antes de continuar, debería volver atrás por un momento. Cuando fui a Birmingham, una de las cosas que tuve que hacer fue escribir un proyecto de investigación personal, y decidí que continuaría con el trabajo que había empezado como estudiante universitario sobre música popular. Quiero aclarar que no estaba interesado en la música popular en sí, sino en la contracultura y en la política; estaba convencido de que, de un modo u otro, la música resultaba clave para desentrañar y entender la política de la contracultura. Por eso, en Illinois, seguí trabajando en aquello que me interesaba. Me definí y me presenté como investigador en tres campos: la filosofía (fui una de las personas que crearon lo que se vino a llamar filosofía de la comunicación); los Estudios Culturales (aunque casi nadie fuera de Illinois había oído hablar de ello); y la música popular (concretamente el rock and roll), y creo que también fui de los pocos que contribuyeron a que más adelante se estableciera la

idea de los estudios de música popular como campo de investigación legítimo; aunque, como ya he dicho antes, nunca estuve interesado en estudiar la música popular en sí. La verdad es que todos mis profesores —con la excepción de Jim Carey— pensaban que yo estaba loco e intentaron disuadirme. Me decían que nunca encontraría trabajo. En aquella época ninguno de estos campos tenía legitimidad ni estaba reconocido oficialmente. Lo que me encontré en gran medida en la universidad en general y en la disciplina de los estudios de la comunicación en particular, fue mucha hostilidad —hostilidad contra el proyecto político e interdisciplinar de los Estudios Culturales, contra la teoría *per se* y, sobre todo, contra la idea de tomar en serio la cultura popular, especialmente el rock and roll.

Sin embargo, tuve la suerte de contar con unos pocos aliados —no tenían por qué ser personas que estaban haciendo o querían hacer algo similar, pero reconocían que la propia fuerza de los estudios sobre la comunicación consistía en abrirse a múltiples planteamientos y perspectivas. Creo que mis tres focos de atención ahora sí que se han convertido en líneas académicas poderosas y legítimas. Dicho esto, siempre ha habido y, sin duda siempre habrá, cierta hostilidad contra cada una de ellas —aunque pienso que tanto la teoría como la cultura popular sí que se han establecido, si bien no siempre me gusta la manera con la que se han llevado a cabo. Los Estudios Culturales representan otra cosa totalmente distinta. Gozan de un gran éxito en algunos sitios y disciplinas pero, al mismo tiempo, existen fuerzas que se alzan contra éstos; a veces me pregunto cuál ha sido el precio de su éxito, puesto que realmente no reconozco que sean Estudios Culturales mucho de lo que se hace pasar por ello en Estados Unidos. Con frecuencia no sé exactamente qué es lo que la gente quiere decir cuando se refiere a los Estudios Culturales, bien sean seguido-

res o enemigos. Además, hoy en día es cierto que existe una reacción contra el proyecto interdisciplinar de los Estudios Culturales, así como un esfuerzo por parte de la administración “neo-liberal” para reconstituir la universidad de manera que se deje muy poco o ningún espacio a esta clase de proyectos.

Puede que ya sepa lo que le voy a contar, pero cuando me contrataron en Carolina del Norte, fue en parte para ayudar a crear un programa formal de Estudios Culturales, que ha tenido mucho éxito durante casi quince años, y ha gozado de muy buena reputación internacional. Sin embargo, ahora se ha cancelado por un gerente que se opone, no sólo a la interdisciplinaridad en general, sino también a los Estudios Culturales en particular. Es más, como vivimos malos tiempos para la economía, esto se usa como excusa, de modo que no hay cabida para reclamaciones.

6) *Siempre se ha considerado que los Estudios Culturales son un campo de debate intelectual especialmente diverso (y a menudo objeto de virulentos ataques). Dado lo fundamental que ha resultado su trabajo para establecer los Estudios Culturales en Estados Unidos, ¿podría hablar-nos un poco de sus opiniones y/o su posición acerca de esos comentarios, a veces despectivos sobre la “americanización” de los Estudios Culturales?*

LG: Querría empezar por decir algo, que ya he comentado en muchas ocasiones, sobre la naturaleza diversa de los Estudios Culturales. Siempre he creído en la distinción que hace Raymond Williams entre el proyecto y sus creaciones. Pienso que existe un proyecto común dentro de los Estudios Culturales —eso es lo que aprendí en Birmingham. No obstante, precisamente porque parte de dicho proyecto implica un compromiso con la contextualización, los Estudios Culturales pueden tomar

diversas formas —teóricas, metodológicas y políticas— conforme traten de dar sentido y responder a contextos y cuestiones diferentes. Incluso dentro de cualquier contexto, probablemente hay muchas formaciones posibles que se pueden construir para dar respuesta a distintos planteamientos, maneras diferentes dentro de cada contexto. Así que hay que tener especial cuidado al tratar de definir el contenido de los Estudios Culturales, que a menudo acaba re-escribiendo lo que mi amigo John Clarke denomina “la diversidad triunfadora”.

Por otro lado, pienso que es importante todo aquello que los Estudios Culturales representan en cada contexto, que no puede ser cualquier cosa. Actualmente se pueden hacer tres distinciones en lo que ha sucedido en Estados Unidos. La primera es que los Estudios Culturales se han convertido en un término genérico para cualquier investigación política o económica sobre la cultura o, incluso, de modo más amplio, para cualquiera que estudie la cultura (por eso algunos también lo usan para referirse a algún aspecto de los estudios departamentales o para los estudios interculturales). En segundo lugar, los Estudios Culturales se han quedado atrapados en la política de las disciplinas del mundo universitario estadounidense. No hay más que recordar lo amplio que resulta ser el sistema de la educación superior (y todo el dinero invertido, incluyendo los libros de texto). Algunas disciplinas, como la “literatura” y la antropología, son muy grandes y poderosas; otras, como la comunicación, son relativamente pequeñas y débiles. De ahí que muchos profesores académicos de literatura aleguen con frecuencia ser ellos los que han descubierto o inventado los Estudios Culturales; sin embargo muchos, incluso aquellos que dicen practicarlos, están muy poco familiarizados con mi trabajo o con el material de Estados Unidos que yo citaría. A menudo, en estos sitios, los Estudios Culturales simplemente significan “alta teoría”, o quizás métodos

etnográficos (sobre todo cuando se refieren a preguntas sobre la audiencia), o, a veces, el estudio de la cultura popular en sí —como si por el mero hecho de estudiar un aspecto de la cultura popular o de la vida cotidiana como si se tratase de un texto con su propia política inscrita fuese suficiente para hacer Estudios Culturales. No voy a negar que no haya personas en el campo de los estudios literarios estadounidense que utilicen el proyecto de los Estudios Culturales como yo lo hago, pero, con frecuencia, la política que siguen es enteramente textual —bien sea discursiva o ideológica.

La tercera situación relacionada con la “americanización” de los Estudios Culturales contempla la emergencia de un tipo de populismo cultural asociado directamente con el trabajo de John Fiske, un académico británico que pasó una larga temporada en Australia antes de venir a Estados Unidos (y recientemente, Henry Jenkins, etc.). La noción de populismo se usa aquí normalmente para describir a los analistas que tienden a celebrar el consumo y/o la cultura popular como formas de resistencia, y que menosprecian el elitismo de cierto tipo de crítica y modos culturales concretos. A menudo, dichos argumentos se esgrimían contra aquellos que forman parte de la izquierda más conservadora, quienes no lograban reconocer las consecuencias de los cambios en las relaciones sociales y culturales para las tácticas políticas. El trabajo de Fiske, y mucho de lo que él inspiró, llevó esta posición al extremo, aunque en este trabajo se puede apreciar en su totalidad el argumento apropiado sobre lo que las personas hacen con los recursos que se le ofrecen para vivir lo mejor posible, que no son simples títeres o marionetas de las clases dirigentes o bienes de consumo capitalistas, como si la política siempre se pudiese conocer antes de cualquier investigación. Pero, al final, Fiske cayó en la misma trampa, al asumir que las bases del optimismo estaban presentes y activas siempre.

Ahora resulta fácil criticar ese trabajo porque fueron demasiado lejos y además acabaron desautorizando su propia aserción de ser contextualmente relevantes. Querría añadir que, en determinados momentos y contextos, el argumento del populismo resulta absolutamente necesario, no como conclusión sino como la base de un posible trabajo político futuro, pero repito, sólo en ciertos contextos y condiciones.

Sin embargo, también creo que representa una medida de oposición a los Estudios Culturales (así como hasta dónde ha caído la intelectualidad de izquierdas, de modo que el trabajo cada vez más se hace sólo para destruir cualquier tipo de colaborador o aliado potencial), que sus críticas —contra la americanización de los Estudios Culturales— toman estos ejemplos, en cierto modo, como algo representativo. No dejará de sorprenderme el número de personas que atacan textos un tanto marginales de Estudios Culturales —por supuesto, no me refiero a personas como Stuart Hall, o John Clarke, o a veces Larry Grossberg, etc., cuyo trabajo permanece en la línea política, quienes se toman en serio la economía, y no sucumben ante la seducción de la alta teoría, etc. Creo que si alguien pretende atacar una posición, tiene que elegir a los mejores ejemplares, no a los peores. Pienso que, probablemente, la mayor parte de todo lo que se produce en cualquier campo, disciplina, o paradigma, puede ser fácilmente criticable. El verdadero desafío consiste en elegir lo mejor de ese trabajo y entrar en conversación con ello.

Por eso opino que los Estudios Culturales en Estados Unidos son decepcionantes, ¿o tienen problemas? Bueno, lo que creo es que gran parte de lo que se escribe bajo esa etiqueta tiene muy poco que ver con el proyecto de los Estudios Culturales, y que existe una gran cantidad de trabajo relevante que debería estar reconocido, aunque no siempre sea visible, ni se lleve a cabo por es-

trellas académicas, ni tampoco se practique en aquellas disciplinas que sí son visibles, por la razón que sea.

7) *Como ya se imagina, para cualquiera que empiece a descubrir ahora en qué consiste esta controvertida expresión de "los Estudios Culturales", el hecho de encontrarse con un remolino de distintas tendencias, versiones, movimientos y revisiones puede resultar un poco desalentador, ¡por no decir directamente desmoralizante! En base a esto, me preguntaba si podría prescribir un modo atractivo de entrar en contacto con los Estudios Culturales, en forma de unos cuantos puntos fundamentales sobre lo que supone ser un practicante de este proyecto, así como los prerequisites necesarios para llevar a cabo este tipo de empresa.*

LG: Seguramente esta va a ser la pregunta más difícil de todas, precisamente porque ya la he contestado muchas veces, en un volumen bastante considerable de mi trabajo. He escrito probablemente cientos de páginas sobre esta cuestión, ¿y ahora me pide que lo haga en tan solo unos párrafos? Aun así, lo intentaré. Cuando fui al Centro de Estudios Culturales Contemporáneos en 1968, me encontré con algo que no estaba buscando. Me encontré con gente —y con un proyecto— que, bien de manera consciente o inconsciente, trataban de dar con una manera diferente de ser académico, de unir la política, la teoría y la investigación empírica con el objetivo de producir un conocimiento útil y que resultase distinto de la práctica intelectual. Me encontré con una colección de gentes un tanto extraña, cuyos variados intereses aún eran más extravagantes, quienes sabían que de algún modo no pertenecían al ámbito universitario y que, no obstante, también sabían que la universidad era el lugar donde tenían que estar. Su intención no era crear un nuevo modelo universal, sino simplemente un modo de dar respuesta a determinados tipos

de cuestiones que les conducía, en primer lugar, al ámbito académico, ya que eran preguntas que anclaban su existencia en la universidad, dentro de sus vidas y luchas cotidianas.

La universidad organiza el conocimiento –sus objetos y las cuestiones que se pueden plantear– en disciplinas, construidas a partir de murallas que, como todos los académicos sabemos, hacen muy difícil, si no imposible, combinar objetos con cuestiones. Los Estudios Culturales están comprometidos con la interdisciplinaridad –referida no sólo a reunir disciplinas, sino a operar en el espacio existente entre las mismas. Después de todo, las preguntas deberían estar determinadas por el mundo en el que vivimos, y no por las disciplinas.

Además, la gente del Centro también entendía que las cuestiones que el mundo nos plantea no se refieren a objetos específicos sino a cómo estos existen y su función dentro de contextos más amplios de la vida cotidiana y de la historia. Esto implica algo de gran relevancia: mientras las disciplinas construyen objetos artificiales a partir de la segregación de elementos del mundo social que aíslan de cualquier tipo de relación, el “objeto” que concierne a los Estudios Culturales es el contexto de la vida social en sí, un contexto que sólo se puede entender como conjunto de relaciones entrelazadas. ¡Tenemos que encontrar teorías de *relacionalidad*!

En segundo lugar, la universidad (especialmente en aquella época) devaluaba la cultura, colocándola en un pedestal si se consideraba arte, o relegándola como algo totalmente utilitario, como destreza del lenguaje, y, por tanto, alejándola de las humanidades. El proyecto de los Estudios Culturales reconocía, aunque sin llegar a teorizar sobre ello, la ubicuidad y el poder de la cultura a través de la totalidad del campo social. Asimismo, en el mundo contemporáneo, la cultura parecía haber adqui-

rido el papel de agente principal de la transformación social. ¡Esto es lo que teníamos que entender!

En tercer lugar, las normas académicas de la universidad definen la producción de conocimiento como una actividad de simplificación; de ahí la necesidad de las disciplinas. En este sentido, los modos típicos de conocimiento representan una especie de reduccionismo a través del cual la complejidad de lo real se reduce al servicio de las reglas disciplinares de explicación. Los Estudios Culturales eligen abrazar la complejidad y arguyen que es imposible comprender la humanidad si no es a través del trazado de mapas de la multiplicidad de relaciones que constituyen cualquier contexto y evento dentro del mismo. En consecuencia, en lugar de buscar la respuesta o de pensar de manera disyuntiva (es *a* o *b*), los Estudios Culturales reflexionan de manera conjuntiva (es *a* y *b* y...).

En cuarto lugar, la universidad requiere que el conocimiento se divorcie de cuestiones de poder y de política. Los intelectuales jóvenes del Centro entendían, incluso antes de haber leído a Foucault, que esto no sólo no era posible sino tampoco deseable. Si las ideas importan, el saber es parte vital de cualquier esfuerzo por cambiar el mundo, por ello, la tarea del intelectual, como dijo Gramsci, consiste en saber más que la otra parte, y así relatar historias más completas sobre el presente para que la gente pueda visionar otros futuros, así como formular estrategias más efectivas para hacerlos realidad. Aún más problemático resulta que las normas académicas demanden una separación radical de la pasión y del conocimiento, pero ¿cómo puede alguien a quien le importa lo que pase en el mundo y el papel que desempeña el conocimiento para dar forma a ese mundo, dejar de lado su pasión?

En quinto lugar, la universidad parece abanderar una visión destructiva y competitiva de la producción del co-

nocimiento, de modo que, la verdad y el valor de las ideas de cada cual sólo se pueden establecer con la demolición, a través de la una crítica continua e insaciable, del trabajo de los demás. En vez de percibir el trabajo intelectual como conversación y colaboración, como un proyecto compartido, la universidad lo convierte en una carrera donde todos compiten contra todos. El resultado es que cada uno tenemos que pensar en nuestro propio trabajo en términos de objetivos imposibles, porque hay que protegerse de todos aquellos que van a atacarte —por consiguiente, hay que producir un trabajo que no se pueda criticar, que sea perfecto y completo. Los Estudios Culturales en el Centro trataban de leer todo tipo de trabajo entablando conversación con ello, y así reconocer que manteniendo un diálogo continuo y construyendo el conocimiento a partir de éste, es como el trabajo de los Estudios Culturales resulta inherentemente colaborativo. De ahí que el trabajo intelectual se deba ver con humildad, algo que parece no tener cabida en la universidad.

Finalmente, la universidad opera con una sencilla epistemología a partir de la cual algo es o bien verdadero —resultando en una verdad universal— o falso. Sin embargo, en el Centro todos parecían darse ya cuenta de que en esto residía el problema más serio de las normas del saber, que representaba la raíz de la modernidad europea, que lo había permitido para pervertir los ideales del humanismo y convertirlos en las realidades del colonialismo, de los desastres ecológicos, etc. Es a esta reivindicación de la universalidad a lo que se enfrentan los Estudios Culturales, pero lo hacen sin caer en lo que las normas dominantes distinguen como una contradicción —el relativismo o particularismo.

En lugar de eso, los Estudios Culturales defienden el contextualismo radical. Hay tipos de conocimientos mejores y peores, pero siempre dependerán del contexto. Los

Estudios Culturales argumentan que la elección entre lo universal y lo particular se basa en el apoyo de la pereza académica: uno puede descansar tranquilo, teniendo la seguridad de que su teoría y/o su política puede proporcionar las respuestas, sin la labor auténtica de entablar un diálogo entre la teoría, la política y el mundo. Es por ello que los Estudios Culturales rechazan asociarse a una teoría. Buscan las teorías que ofrezcan respuestas más adecuadas a las cuestiones planteadas por el mundo; no podemos dar por hecho que Marx, o Gramsci, o Foucault, u otros, resulten útiles de manera universal; ellos definen las herramientas que pueden funcionar o no en espacios problemáticos específicos, en palabras de David Scott. Igualmente, los Estudios Culturales aseveran que no se puede saber con antelación lo que va a ocurrir con las fuerzas, los desafíos o la participación política. No podemos conocer la "verdad" de lo que estamos estudiando antes de llevar a cabo el trabajo. Cualquiera que sea el contexto o conjunto de relaciones, siempre se va a tratar de capitalismo, de raza, o... incluso de identidad. De hecho, ningún contexto contempla un único elemento, ningún desafío se puede definir siempre a partir de una sola línea básica que pueda adivinarse antes del trabajo de investigación. Se opone a cualquier postulado de que alguien pueda conocer las respuestas antes de llevar a cabo cualquier labor académica. Sin embargo, esto es lo que ha causado la pereza de las normas académicas.

Este es el proyecto que encontré durante mi estancia en el Centro; éste es el proyecto sobre el que he estado haciendo proselitismo durante décadas y, quizás ahora, entendamos por qué los Estudios Culturales siempre van a encontrarse con cierta oposición dentro del mundo académico.

Aún añadiré otra cosa —porque pienso que es relevante hacer una distinción— como sugirió Raymond Williams, entre el proyecto y sus creaciones. Existen, en realidad,

muchas maneras de hacer Estudios Culturales y sí que tiene mucha importancia saber lo que éstos representan en cada contexto. Los Estudios Culturales, en su esfuerzo por dar respuesta del mejor modo posible a las cuestiones y demandas de cualquier contexto –y está claro que hay muchas formas y escalas de contextos– siempre tienden a reinventarse y reconstruirse para poder hacer uso de las herramientas teóricas y metodológicas más apropiadas. No se puede dar por hecho que un modelo particular de Estudios Culturales –por ejemplo, los estudios subculturales, la codificación-descodificación, el análisis del Thatcherismo como lucha hegemónica, o las teorías de raza y etnicidad desarrolladas por personalidades como Stuart Hall y Paul Gilroy– proporcione una plantilla que se pueda mover con facilidad de un contexto a otro. Dichos modelos –ciertamente los ejemplos más conocidos de los Estudios Culturales británicos– eran en sí mismos articulaciones contextuales que respondían a su propia problemática contextual.

8) *Pero yo percibo una tensión en todo esto: ¿cómo, o en qué manera(s) se pueden abrir camino, o reconciliar los intereses, métodos y la política intelectual de los Estudios Culturales con las organizaciones disciplinares del conocimiento en las universidades?*

LG: Creo que ésta es una de las cuestiones más importantes a las que se enfrentan no sólo los Estudios Culturales sino la universidad en general. El sistema actual de disciplinas se inventó a finales del siglo XIX, al menos en Estados Unidos. Está claro que ya no funciona, que las preguntas importantes e interesantes demandan un trabajo interdisciplinar (o, como mínimo, multidisciplinar). ¿Pero cómo se “lleva a cabo” la interdisciplinaridad? No creo que simplemente nos podamos deshacer de las disciplinas, pero tampoco opino que se pueda sacar nada de éstas sin someterlas a duras críticas que surgen del reco-

nocimiento de la contextualización y la relacionalidad por un lado, y la discursividad, por otro.

No obstante, tenemos que tomar en serio el conocimiento disciplinar. Creo que uno de los mayores fallos de gran parte del trabajo intelectual de la izquierda académica es consecuencia del hecho de que hablamos sin parar de asuntos relacionados con la economía y, sin embargo, poco sabemos en realidad sobre éstos, ya que sólo leemos aquello con lo que sabemos vamos a estar de acuerdo y en realidad no estamos al corriente de cuáles serían las alternativas posibles que no estamos teniendo en cuenta. Así que no conozco la respuesta. Sé que tenemos que encontrar un camino hacia la interdisciplinaridad, y por el momento sólo puedo conceptualizar el diálogo dentro de las disciplinas y entre ellas o, aún mejor, las posibles conversaciones en los espacios existentes entre las disciplinas. Yo mismo existo porque tengo un pie en una disciplina (los estudios de la comunicación, en mi caso) y el otro en el proyecto interdisciplinar de los Estudios Culturales. Esto funcionaba a la perfección cuando escribía sobre música popular y cultura juvenil, sin embargo, resulta menos satisfactorio ahora que mi trabajo ha tomado un giro explícito hacia la economía. Pero éste es otro tema.

9) *En sus escritos usted habla de “conversaciones interdisciplinares”. ¿Pero cómo se “traduce” esta convicción/responsabilidad en los términos prácticos del aula? En otras palabras, ¿cómo consigue que sus alumnos desarrollen estilos de pensamiento sensibles a la cultura (y formas de compromiso) que trasciendan los principios establecidos y métodos de investigación de disciplinas concretas?*

LG: Supongo que debería empezar siendo sincero a la vez que pesimista –es decir, que no creo que tenga tanto éxito

como el que cabría esperar. No sé si ésta es la realidad de la docencia en general o de la mía propia, aunque pienso que con demasiada frecuencia asumimos que nuestras intenciones (ya sean pedagógicas o políticas) garantizan de algún modo los resultados, y puedo asegurarle que, después de treinta y cinco años de dedicación a la enseñanza, la cosa no funciona así. Odiaría tener que intentar medir el abismo existente entre lo que trato de enseñar y lo que mis estudiantes reciben de mis clases. Por supuesto, cada clase tiene sus propios fallos y éxitos, bien se consideren en términos de estudiantes concretos o de argumentos específicos.

Dicho esto, es importante separar las dos formas de docencia con las que estoy involucrado: en términos de la universidad estadounidense, la educación de grado y de posgrado. Pienso que debo hacer una diferencia entre las dos, aunque las dos tengan algo en común. Mi estrategia pedagógica en ambas consiste en conseguir que los alumnos entiendan lo que significa pensar de modo contextual—sobre los contextos, en respuesta a los contextos y con los contextos. Ésa es, para mí, la clave pedagógica, ya que si la gente está luchando por trabajar con los contextos, tienen que ver la complejidad de los mismos: tienen que unirse a una conversación interdisciplinaria (que no sea simplemente aditiva), donde cada disciplina dé su pequeña aportación porque todo esté mezclado en el contexto. Si comprenden que hay diversas vías por las que caminar a través del contexto—y que a distintas personas se les permite o no seguir ciertos caminos (aunque nunca estén completamente determinados)—entonces tienen que existir una conversación que cruce las fronteras que regulan el sentido común y les fuerce a participar en lo que he descrito como una conversación de múltiples culturas y disciplinas. Entonces, ellos tienen que ver que esos caminos han sido formados por fuerzas que no empiezan y acaban en los

límites que pueda tener cualquier contexto... y, por tanto, tienen que entablar una conversación global. Ésta es la estrategia pedagógica abstracta que encuentro más efectiva por el momento.

Quizás debería añadir unas palabras acerca de mis elecciones pedagógicas generales, que a menudo suelen resultar "políticamente incorrectas" en Estados Unidos. Bien porque me guste hablar (más que escribir) o bien porque pienso que la educación y la producción del conocimiento no son "democráticas", creo que existen ciertas herramientas (teorías, conceptos, elecciones) que uno debe comprender antes de lanzarse de lleno al trabajo creativo. Opino que no todo lo que se puede llegar a decir sea igualmente brillante, por tanto doy muchas clases magistrales, incluso en los cursos de posgrado, aunque conforme los alumnos se van sintiendo más cómodos y ganan experiencia con estas herramientas, aprovecho al máximo las conversaciones que pueden surgir.

Doy clases de Estudios Culturales de posgrado en dos fases: La primera clase la dedico a introducir el trabajo contextual con lecturas detalladas de la tradición británica—aquella que en gran medida dio forma a mi carrera y que es la que mejor conozco. Sin embargo, también es un conjunto de obras que responden a contextos lo suficientemente cercanos a lo que muchos de los estudiantes conocen, por lo que no cuesta demasiado hacerles ver lo contextual que resulta. Trato de dedicar el tiempo suficiente para presentar la naturaleza cambiante de los contextos históricos y para explicar las intervenciones—de codificación/descodificación, teoría subcultural, teoría hegemónica, de raza y etnicidad—no como teorías generalizables que se puedan aplicar en cualquier época y lugar escogido, sino como intervenciones empíricas y teóricas de espacios problemáticos políticos particulares, como un esfuerzo no para describir algo que sucede al margen de cualquier descripción, sino para reconstruir

el propio contexto, abrirlo a posibles transformaciones, en el proceso de redescubrirlo.

El segundo semestre de estas clases va cambiando con el tiempo, dependiendo de mis propios intereses así como los de los estudiantes que siguen el programa. A veces me centro en trabajos que acaban de salir. Por ejemplo, en la primavera de 2010 voy a impartir un seminario que contempla el giro que en algunos Estudios Culturales se está manifestando en cuestiones que afectan a la ontología, y cómo éstas se pueden entender como reacciones a las cada vez más relevantes cuestiones sobre la globalización y el postcolonialismo –al tiempo que pueden contribuir a un mejor estudio de dichos temas. También he dedicado este semestre a la enseñanza de problemáticas políticas específicas, como por ejemplo la cuestión de las modernidades múltiples, que me fascina. Normalmente, al menos en los últimos años, especialmente cuando comparto la asignatura con mis colegas Arturo Escobar (un antropólogo colombiano) y John Pickes (experto en economía y geografía cultural), estas clases se centran en cuestiones sobre la economía, concretamente en cómo incorporar temas económicos en el trabajo coyuntural de los Estudios Culturales.

Pero quizás las herramientas pedagógicas más interesantes son las de mis clases de grado. O, mejor dicho, lo eran, aunque ya hablaré de esto más adelante. En cierto sentido, se puede decir que nunca enseñé Estudios Culturales, al menos no de manera explícita, a los estudiantes de grado, aunque en alguna ocasión he impartido algunas clases teóricas. La primera vez que empecé a dar clases de grado, aprendí una lección muy importante: Stuart Hall solía decir que si querías movilizar o cambiar a la gente, tenías que partir del lugar donde ya estaban. Así que empecé –y continué durante veinte años– a impartir clases de “historia” de la cultura juvenil y la música popular, porque creía que eso era lo que realmente

les importaba, que era, en cierto sentido, el lugar donde residía su alma, en la música así como en las culturas que la rodeaban, y aquello era lo que les inducía a sus elecciones y a trazar sus “mapas de importancia”. Mi historia se refería, por supuesto, a los Estudios Culturales. Trataba de hilar la música, el cine, los estilos de televisión –de baile, de moda, del lenguaje– en un entretendido más amplio de cambios culturales, sociales, políticos y económicos, para entender cómo la música y los cambios culturales se podían percibir como reacciones a los contextos cambiantes de la juventud en Estados Unidos, y también como formas de actuación constituidas en relaciones complejas, modos de vivir y de navegar a través de dichos contextos. Es decir, que intentaba enseñarles a pensar de modo contextual, reflexionando acerca de las culturas cambiantes dentro de las cuales ellos mismos estaban involucrados e implicados. En suma, un pensamiento contextual que surgía de sus propias y más profundas inversiones emocionales.

Sin embargo, cuando me trasladé a Carolina del Norte, dejé de impartir esas clases. Las razones fueron un tanto complejas. Me estaba haciendo mayor y entonces había tenido un hijo. Pero lo más importante es que cada vez resultaba más difícil ganar la confianza de los estudiantes. Siempre que daba esa asignatura, tenía que probar a los alumnos que mi objetivo no consistía en “academizar” simplemente los asuntos que les importaban, que la música y la cultura me importaba a mí también, y que mi intención era que reflexionaran sobre sus propias elecciones y gustos, que entendiesen dónde y cómo encajaban ellos mismos en el mundo circundante. Pero el salto generacional cada vez era mayor y, como comprendí más adelante, el contexto de nuestras vidas había cambiado tanto que habría tenido que empezar de nuevo. Los chicos y chicas empezaron a decirme que era incapaz de comprender su cultura ya que yo daba por hecho

que ser joven era algo positivo cuando ellos pensaban todo lo contrario. Eso es precisamente el principio de mi último libro.

Ahora voy a volver a enseñar a los estudiantes de grado, en parte porque echo mucho de menos esas clases y también porque echo en falta el bagaje de conocimiento que estos alumnos y alumnas me proporcionan y que necesito para poder comprender lo que ocurre hoy en día en el mundo. Así que en la primavera de 2010 voy a impartir una asignatura sobre las contraculturas. Es un experimento. Dedicaré la primera parte del semestre a ofrecer una perspectiva de los Estudios Culturales sobre la contracultura de los años sesenta, y después quiero organizar la segunda parte del curso alrededor del planteamiento de si existe una contracultura contemporánea —una articulación de movimientos culturales y tecnoculturales, políticos, espirituales y de estilos de vida. Les mandaré, con mucho apoyo, a que investiguen, a que hagan Estudios Culturales sobre lo que está sucediendo en el mundo que les rodea. Mi hipótesis —ya que concibo este proyecto literalmente como una clase de investigación en proceso— es que sí que podemos encontrar algo de contracultura en el mundo de hoy en día pero la mayoría de los estudiantes no son conscientes de ello. ¿Por qué? Porque no tiene la misma visibilidad de la que gozaba la contracultura de los años sesenta. Y de nuevo nos preguntaremos, ¿por qué? Una parte de la respuesta se refiere al rol cambiante de los medios de comunicación, pero aún más importante es porque pienso que las mismas formas de la contra-cultura efectiva hoy no son aparentemente capaces de producir los tipos de articulaciones —de unidad y visibilidad— que representaban el arte crucial de los años sesenta. En pocas palabras —que pueden convertirse en el título de mi próximo libro— “carece de canción”. Estoy muy emocionado con volver a las clases, donde los estudiantes forman parte, como si

dijéramos, de mi “investigación”, al tiempo que ellos/as me educan a mí.

Finalmente querría añadir algo sobre la política de la clase, ya que opino que esto se ha convertido en un grave problema entre aquellos que piensan que hacen Estudios Culturales. No creo que sea mi función como profesor hacer de los estudiantes mejores personas, infundirles mi moralidad o mis valores políticos. Mi trabajo consiste en ayudarles a adquirir las herramientas que les permitirán comprender lo que sucede en el mundo, a su alrededor, a entender que el mundo —o parte de él— se construyó del modo en el que ahora es y que se puede cambiar. Es decir que la única lección ética que les voy a enseñar trata de la actuación —que la gente sí que influye en el modo en el que el mundo se convierte, y que ellos/as también son responsables de aquello en lo que el mundo se convierta.

10) Entiendo que usted ha tenido también un papel crucial en la fundación de la ACS (Asociación de Estudios Culturales). ¿Cuáles son sus objetivos y esperanzas para la ACS?

LG: Tenía dos objetivos. Primero, quería crear lo que se podría denominar como una comunidad de trabajadores de Estudios Culturales que ofreciese el apoyo —institucional y en ocasiones personal— que todos necesitamos a veces, cuando intentamos hacer algo que no sólo se sitúa fuera de las posibilidades normativas de la universidad, sino que también desafía muchas de las prácticas y hábitos reguladores de las concepciones dominantes del trabajo intelectual. En este sentido, creo que siempre resulta agradable saber que no estamos solos —ni en el esfuerzo ni en el ataque, y también pienso que es bueno tener una institución académica “legítima”, capaz de dar respuesta a las necesidades de dicho trabajo interdisciplinar. El segundo es que pretendía que funcionase como un comi-

té estratégico, sin que fuese simplemente una cuestión de saber quién está trabajando en qué, sino mucho más. Pienso que las líneas de fuerza y lucha que conforman el mundo contemporáneo (y, de otro modo, también en conjunción con otras fuerzas locales, que dan forma a coyunturas superpuestas específicas) no empiezan y acaban en las fronteras nacionales, por tanto, debemos empezar a reflexionar sobre las coyunturas en términos más allá de los nacionales. Es muy fácil decir que tenemos que pensar globalmente, porque eso ya nos lanza en la oposición entre global y local, y esto es de lo que precisamente quiero huir.

Un comité estratégico lleva implícitas labores de conversación, colaboración y cooperación, así como el aprendizaje de que coyunturas distintas no sólo plantean respuestas diversas sino también preguntas diferentes. Asimismo implica percatarse de que vivimos en realidades, epistemologías e, incluso, ontologías distintas, y por tanto hemos de aprender a pensar, hablar y organizarnos teniendo en mente y acogiendo dichas multiplicidades.

Supongo que todo esto puede parecer un tanto abstracto e idealista, así que diré también que considero que la ACS ofrece la posibilidad de crear un foro gracias al cual yo ya no me vería en la necesidad de definir una y otra vez qué son los Estudios Culturales y defender mi compromiso con ellos y con sus variados postulados y prácticas, incluyendo la complejidad, contextualización, etc.

11) *Dado su amplio conocimiento sobre la implementación y el funcionamiento de los Estudios Culturales en distintos países por todo el mundo, ¿qué opinión le merece la situación de los Estudios Culturales en España en comparación con otros países? Se lo pregunto porque considerando el auge evidente de dicho proyecto en mu-*

chos otros lugares del mundo, en España, esta forma de investigación intelectual, análisis y crítica sigue siendo una empresa bastante minoritaria, y a menudo expuesta al mobbing institucional.

LG: Los Estudios Culturales han sido acogidos de formas muy variadas en distintas disciplinas y espacios nacionales. Gozan de una auténtica y vital presencia en América Latina y están consiguiendo una mayor visibilidad en Asia. En Europa existen grandes diferencias entre países. Gran Bretaña, Italia y algunos países nórdicos pueden presumir de una tradición de trabajo intelectual serio llevado a cabo ya durante bastante tiempo. En Alemania y Austria los Estudios Culturales todavía representan una fuerza pequeña pero en auge. Se pueden encontrar trabajos de investigación en Bélgica y Holanda, pero desconozco el alcance del mismo. También están surgiendo en algunos países ex-soviéticos de Europa del Este.

Resulta interesante observar que los tres países europeos donde existe una mayor oposición son Francia, Portugal y España. No obstante, a pesar de esa resistencia cultural e institucional, sí que se está llevando a cabo un trabajo visible y vital, al tiempo que podemos encontrar valientes e innovadores defensores de los Estudios Culturales ejerciendo dentro de varias universidades.

Yo tengo una regla por la que siempre me rijo: cómo creo en la contextualización, intento no opinar sobre contextos que desconozco... así que no puedo hablar con mucha autoridad sobre lo que ocurre en estos lugares; ya que no conozco bien el sistema universitario español y tampoco sé exactamente cómo operan los Estudios Culturales dentro de estas universidades, aparte del hecho de que están bastante marginados; sí que puedo decir que estoy familiarizado con el trabajo llevado a cabo en España porque he visto algunas publicaciones de "Cultura y Poder" y tuve el verdadero placer de asis-

tir a uno de los congresos que organizan (estoy deseando asistir al de 2010). Me impresionó mucho el enorme alcance del trabajo que aquí se cubre, así como la sofisticación teórica y metodológica del mismo. Me llamaron la atención un número concreto de puntos fuertes: el trabajo que relaciona los Estudios Culturales con cuestiones de cultura literaria y textual y, de modo especial y único, algunas de las preocupaciones reales que se planteaban con la educación, así como los vínculos que se establecen entre la cultura y la economía (al menos en uno de los volúmenes de artículos publicados) que personalmente admiro mucho. Una de las publicaciones recientes que he visto sobre “cultura y sociedad en la era de la globalización” es una maravilla; ciertamente este libro no tiene nada que envidiar a ningún otro de los escritos en otros lugares.

Lo que me resulta imposible comentar —aunque estoy muy interesado en ello— es sobre la manera por la que este trabajo es el resultado de una articulación única de la historia específica de la península ibérica, concretamente de los últimos cuarenta años más o menos. Me gustaría saber más sobre el tema, pero esto es un fallo mío, no suyo (en plural, me refiero). Sí que estoy al corriente, gracias a uno de mis estudiantes que trabajan en España, que existe un conjunto de trabajo cultural teóricamente sofisticado producido por una gran variedad de movimientos sociales y grupos activistas “autónomos” como *Precarias a la Deriva*.

Intuyo que, como en gran parte del mundo Anglo-Europeo, hay una marcada división entre la izquierda académica (de los Estudios Culturales) y los movimientos sociales, ¿me equivoco? Por último, me sorprende —aunque quizás se deba a mi falta de conocimiento sobre el tema— la falta de diálogo entre los Estudios Culturales españoles y las tradiciones imperantes que han surgido en el antiguo imperio colonial español, me pregunto si

habría algún modo con el que yo podría ayudar a que se desarrollase. Pero ese es otro tema.

Supongo que todo esto que estoy diciendo se basa en lo que he visto, todo lo que han conseguido los Estudios Culturales españoles (o ibéricos) con muy poco apoyo institucional. Se merecen tener mayor visibilidad en la comunidad internacional, y decididamente tienen que luchar por conseguir su sitio dentro de los campos intelectuales e institucionales de las universidades españolas. Volviendo a la pregunta anterior, esto es lo que espero que la ACS pueda conseguir y, lo que espero que esté ya llevando a término la revista que edito, *Cultural Studies*.

12) *La cantidad de libros que ha escrito es impresionante (17, ¿no? Sin contar las traducciones en diferentes idiomas). Este enorme conjunto de obras testimonia el alcance e impacto de su influencia en el campo de los Estudios Culturales. Ciertamente, durante los últimos treinta años usted ha tocado temas de la más variada naturaleza que van de la teoría “pura y dura” y debates teóricos al estudio de la comunicación, historia, política, economía, globalización, música, cultura juvenil... la lista podría seguir. Permítame entonces hacerle una pregunta sencilla y directa ¿Cuál diría que ha sido su libro preferido a la hora de escribir?*

LG: Ojalá fuese tan simple y directa. Lo primero que le tengo que confesar es que odio escribir. Lo encuentro algo doloroso y problemático. No es lo que realmente me gusta hacer —lo que me gusta es hablar, enseñar, tener conversaciones— la mayoría de las cosas sobre las que escribo salen de esos contextos —doy conferencias, enseño, etc. y las anotaciones que se originan y que nunca dejo de analizar y reformar, se convierten en la base de mis escritos. Solía soñar cómo podría seguir trabajando sin es-

cribir –por ejemplo, que mis estudiantes publicaran los apuntes de mis clases (como el gran sociólogo estadounidense George Herbert Mead), pero en fin...

Así que déjeme que reformule su pregunta: ¿cuál es mi libro preferido a la hora de leer? Aunque eso es algo que también me resulta muy difícil de contestar, ya que cada libro significa una cosa distinta para mí y comprende esfuerzos, deseos y fracasos diferentes. Bueno, las dos colecciones de ensayos marcan las trayectorias de mi carrera y el desarrollo de mis ideas. Podría decir que *We gotta get out of this place: Popular Conservatism and Postmodern Culture* (1992) es el que más papeletas tendría para convertirse en mi libro favorito, ya que, mientras lo redactaba, me di cuenta de que lo que había estado argumentando de manera abstracta tenía su aplicación en asuntos concretos –que la teoría sigue a las demandas– los problemas de los espacios –de la coyuntura. El análisis coyuntural no sólo implica la labor del análisis sino la necesidad de seguir teorizando, de encontrar las herramientas que producen una historia mejor, si no la mejor. Mi trabajo en, *We Gotta Get Out of This Place*, pues, me ayudó a definir también la trayectoria teórica de mi proyecto –reuniendo mis propias lecturas (idiosincrásicas y sin duda discutibles) de Gramsci, Foucault, así como de Deleuze y Guattari. En cierto sentido, creo que dicho análisis era correcto, aunque también he de confesar que pienso que no conseguí integrar adecuadamente la teoría y el análisis.

Por otro lado, *Caught in the Crossfire: Kids, politics and America's future* (2005), aunque suponía una continuación del mismo proyecto – contar una historia mejorada de los Estados Unidos contemporáneos, fue mi primer intento (y quizás el único) de hacer algo diferente, algo en lo que creo con pasión, como académico de los Estudios Culturales e intelectual de izquierdas –que es necesario que exista un diálogo entre los intelectuales

profesionales y un público más amplio o, como diría Gramsci, que los intelectuales tienen la obligación de compartir su conocimiento con las personas que podrían llevarlo a la práctica (aunque desconfío de la constante imagen vanguardista que en esto se presenta). *Caught in the Crossfire* se escribió para un público más amplio que, desafortunadamente, nunca encontré, pero creo que consiguió que la historia que puedo relatar esté mejorando, y pienso que tuvo un relativo éxito al encontrar una manera diferente de hablar sobre esos discursos teóricos explícitos en los que me baso que suelen permanecer bastante sumergidos.

Finalmente, puede que mi último libro sea el más significativo de los que he escrito, aunque también en el que me muestro de peor humor. También hay otros libros que me resultan especialmente relevantes. Obviamente creo que los dos volúmenes que co-edité por primera vez tuvieron un profundo impacto a la hora de expandir los Estudios Culturales a una gran variedad de público. *Without guarantees: In honor of Stuart Hall* (2000) me resulta muy importante dado mi respeto y cariño por Stuart Hall, así como por Paul y Angela, mis co-editores. También diría lo propio de *New Keywords*. Trabajar con dos de los mejores amigos e intelectuales que más admiro, Meaghan Morris y Tony Bennett fue un verdadero placer, aun cuando el proceso de editar un libro jamás resulta placentero. Podría seguir, pero creo que ya me entiendes.

- 13) También querría preguntarle sobre su libro más reciente. We all want to change the world: The intellectual labor of cultural studies se publicará en 2010, ¿le importaría describir sus puntos principales? El manuscrito que he leído sugiere que existen muchos paralelismos entre el libro y los asuntos concernientes a la teoría de la complejidad, así como las intersecciones con sus propias preocupaciones que durante tanto tiempo ha mostrado

sobre la historia la filosofía, la política, la economía, los Estudios Culturales...

LG: Acabo de describirlo como mi "libro malhumorado" puesto que trata de considerar por qué tantos aspectos de los Estudios Culturales (y también de gran parte del trabajo intelectual) se han vuelto tan j***** aburridos e inútiles, por qué el hecho de tener tan pocas cosas que contar nos hace reducir el movimiento en casi todo el mundo (y ciertamente en mi propio país) dentro de direcciones que se basaban en valores y visiones a las que nos oponemos. También es mi libro más optimista porque todavía creo que las ideas tienen una gran relevancia a la hora de esforzarse por cambiar el mundo y los Estudios Culturales pueden contribuir enormemente a ello.

Pensé en escribir una introducción a los Estudios Culturales, pero me di cuenta de que la propia naturaleza del proyecto hacía de la noción tradicional de una introducción algo erróneo. Este libro se puede considerar como una "anti-introducción", ya que no presenta lo que los Estudios Culturales han sido sino en lo que se tienen que convertir. Es una introducción a "la futura evolución de los Estudios Culturales".

En el libro se argumenta que la razón por la que las historias que los intelectuales progresistas han estado contando durante décadas no parecen haber funcionado se remonta a los hábitos de trabajo y de pensamiento —enmarcadas dentro de postulados teóricos, políticos o metodológicos— que con frecuencia predeterminan nuestra comprensión de lo que sucede, por tanto lo que hacemos, básicamente, es contar lo mismo una y otra vez o simplemente afirmamos que todo es nuevo. ¿Cómo podemos cambiar las actividades y las instituciones de producción del saber? ¿Qué tipos de conocimientos hay que producir, qué clase de tareas tenemos que llevar a cabo

si queremos mejorar nuestro trabajo y abrimos a nuevas posibilidades para cambiar el mundo actual? Estas son las cuestiones que intento plantear, si no responder.

Querría intentar, al menos, empezar a darles respuesta. Sostengo que la coyuntura actual —que para mí se reduce a Estados Unidos, aunque no se pueda limitar por sus fronteras, se puede re-construir como una serie de luchas contra cierto tipo de reducción de lo que significa ser moderno, y por encima de las posibilidades de otros modos de experimentar la modernidad. Sin embargo, precisamente, muchos de los conceptos que forman la base de la empírica del análisis coyuntural y representan el fundamento de los Estudios Culturales —incluyendo la modernidad, la economía, la cultura y la política— están fuertemente ligados a la noción particular de modernidad que se ha convertido en el lugar mismo de la disputa, en el ámbito nacional así como en el global. Mi intención en este libro es interrogar, de modo contextual y interdisciplinar, estas categorías, y crear lo que denomino una "una ontología coyuntural" que me permita explorar la especificidad y generalidad de dichos conceptos. Analizo el trabajo interdisciplinar necesario para integrar aspectos económicos en historias coyunturales, el trabajo teórico que hace falta para entender la especificidad histórica de la cultura, y el trabajo cartográfico que nos permitiría reflexionar sobre la política en toda su complejidad.

Pretendo ofrecer una visión de los Estudios Culturales contemporáneos como una posibilidad de producción colaborativa de conocimiento al servicio de la transformación social, construido a partir de la complejidad y relacionalidad de las realidades sociales. Esto parece un anuncio publicitario de mi libro —supongo que no puedo evitar hablar así de él en este momento, lo siento. ¡El libro no resulta tan satisfactorio como mi descripción sugiere!

Ahora querría añadir algo más. Cuando di mis primeros pasos en el mundo de los Estudios Culturales, nadie hablaba aún de la complejidad, pero ahora ¡existe al menos un pequeño “boom” sobre este tema! El concepto ha hecho su aparición en una amplia gama de discursos (como la teoría de la red de actores), en una gran variedad de disciplinas de las ciencias sociales, así como en un vasto número de paradigmas “científicos” —en la ciencia cognitiva, la biología, etc.— con el nombre de teoría de la complejidad. Una de las personas con las que trabajo en estrecha colaboración es el antropólogo colombiano Arturo Escobar, quien está enteramente dedicado a este tema. Aunque en verdad puedo decir que doy acogida a todo esto, creo que es importante cuestionar los diversos modos con que la complejidad se explica y se utiliza. Personalmente —y admito que con un tono totalmente idiosincrásico— debo confesar que soy bastante escéptico respecto a la manera con la que los profesionales de las ciencias humanas se han aferrado al paradigma científico de la complejidad, ya que parte de la raíz de los Estudios Culturales, así como parte de mi educación, se ha definido siempre por una ~~objeción contra el poder de la “ciencia”~~ y contra la aseveración de que sólo ésta proporciona la única forma válida de conocimiento. Los Estudios Culturales surgen, en parte, para afirmar la validez de otros tipos de conocimiento, como ocurrió por ejemplo con el trabajo de Raymond Williams, Richard Hoggart y James Carey. Esta batalla lidiada no contra la ciencia sino contra el positivismo, el cual afirma categóricamente que sólo existe un modo auténtico de conocimiento, se ha llevado a cabo durante más de un siglo y pienso que continúa con los Estudios Culturales, así como en otros lugares. Es por esto que me pregunto por qué, dado que se ha estado hablando de la complejidad mucho antes de que la ciencia “inventase” la teoría de la complejidad, necesito basarme en esta última. Me temo que siempre y únicamente se considerará como signo de

que necesitamos la legitimidad que sólo la ciencia ofrece. Por eso, cuando los científicos empiecen a reconocer que ellos no descubrieron la complejidad, que ésta ha estado presente hace ya mucho tiempo en otros discursos, cuando se nos dé el mismo crédito que el que siempre se le ha otorgado a la ciencia en exclusiva, y cuando empecemos a compartir algo de la financiación que se les concede, entonces consideraré suscribirme a sus discursos.

14) *Muchas gracias por compartir sus ideas. Aunque soy consciente de que ya le he robado mucho tiempo, ¿me permitiría concluir esta entrevista con una pregunta personal? ¿Podría describirnos un día cualquiera de su vida como hombre de familia, académico y exponente líder de los Estudios Culturales?*

LG: Qué pregunta más interesante. Por alguna razón, en cuanto la leí, me vino a la cabeza la canción de los Beatles (“A day in the life”). Bueno... prácticamente cada día empieza con mi hijo de 15 años, Zachariah. Le despierto, le preparo el desayuno a él y a mi mujer y le meto prisa para que se vaya al instituto (los fines de semana, obviamente, no hay clase, así que nuestras mañanas resultan más pausadas y el desayuno es más elaborado).

De media, voy a la universidad entre dos y tres días a la semana, y allí bien doy clases (imparto dos asignaturas, cada una de tres horas a la semana), o bien me reúno principalmente con estudiantes de posgrado, mis doctorandos, estudiantes de mi departamento y de otros también. Por supuesto, nunca faltan las reuniones típicamente administrativas que son la pesadilla de los profesores universitarios.

Nunca consigo acabar ningún trabajo en la facultad, o en casa si tengo que pasar parte del día en la universidad. Bueno, esto no es completamente cierto, ya que gran parte del trabajo que llevo a cabo, digamos que el se-

gundo gran bloque de mi tiempo, transcurre con “tareas” tipo contestar e-mails, escribir cartas, responder peticiones, leer lo que la gente me ha enviado, trabajar con la revista que edito, rellenar formularios, etc. Por supuesto, también paso mucho tiempo preparando las clases.

Cuando estoy en casa, si no me sobrepasan todas estas pequeñas tareas, y si no tengo que prepararme las clases, entonces puedo tener un día, o el lujo de dos días a la semana para dedicarme a leer o a preparar una conferencia, artículo o, a veces, un libro.

Así, de 9 a 5, cuando me quedo en casa, estoy en mi despacho situado en el sótano trabajando —con la música a todo volumen, a veces con la televisión encendida de fondo, trabajando, deambulando, perdiendo tiempo— y trabajando. A las cinco, más o menos, paro para hacer un poco de ejercicio (muy poco), y luego subo para hacer la cena. Después de cenar tenemos un rato en familia (vemos la tele, una película, escuchamos música juntos o hablamos) hasta que Zachariah se acuesta, entonces leo los periódicos y me voy a la cama.

Así paso los días. ¿Probablemente no es como usted imaginaba? Resulta interesante que pensase que escribo mucho pero, en realidad, no tanto. Le recuerdo que hace ya 35 años que trabajo en la universidad. La mayor parte de lo que escribo lo hago en mi tiempo libre —vacaciones a lo largo del curso y en verano. Necesito largos períodos de tiempo sin interrupciones para poder trabajar porque, como ya he dicho, no me gusta mucho escribir. Por eso me cuesta como mínimo cinco años escribir un libro —uno de los míos.

Muchas gracias Dr. Grossberg...

Chantal Cornut-Gentile D'Arcy

Pecados de los Estudios Culturales

Hace treinta años que di con los Estudios Culturales.¹ Mientras que nunca me habría podido imaginar que los Estudios Culturales llegarían a tener tanto “éxito”, los riesgos, entonces, eran, en comparación, insignificantes. En la actualidad, la elección de entrar en el ámbito de los Estudios Culturales se caracteriza por ser un tanto peligrosa, si no maldita. Parece ser que los Estudios Culturales (y las políticas que los acompañan) se han convertido en una amenaza. Resulta peligroso ser objeto de oposición y ataque siempre que se presente la ocasión: acusado de ser demasiado teórico o no lo suficiente, demasiado político o no lo suficiente, demasiado abstracto o demasiado concreto, demasiado crítico o insuficientemente crítico, demasiado elitista o demasiado populista, demasiado

¹ En este artículo usaré el término “hablar” como si representase una única voz de los Estudios Culturales. No voy a negar que los Estudios Culturales contienen un discurso múltiple y fracturado. También personificaré a los Estudios Culturales, haciendo de ellos el sujeto parlante y activo de mi argumentación. Sé que soy culpable de complicar las cosas, pero es una elección retórica. Si el lector se siente incómodo con este uso retórico, éste/a puede modificar cada frase sustituyendo el sujeto por “los profesionales de los Estudios Culturales”.